

¿Y ahora qué...?

una contribución al análisis político-histórico actual

René Báez
Edmundo Ribadeneira
Alberto Acosta
Francisco Muñoz
Andrés Carrión
Willington Paredes

César Verduga
Milton Luna
Simón Pachano
Miguel Donoso Pareja
Rocío Rosero Jácome



PLZ 100 1000

¿Y AHORA QUÉ...?

UNA CONTRIBUCIÓN AL ANÁLISIS
HISTÓRICO-POLÍTICO DEL PAÍS

René Bález

Edmundo Ribadeneira

Alberto Acosta

Francisco Muñoz Jaramillo

Andrés Carrión

Willington Paredes

Rocío Rosero Jácome

Milton Luna

Simón Pachano

Miguel Donoso Pareja

César Verduga

REGISTRO DE LIBROS
C. 7890

BIBLIOTECA - FLACSO - E C
Fecha: marzo - 2002
Categoría:
Fondo:
Autor: José Eduardo Giraldo

© ¿Y AHORA QUÉ...?
© Eskeletra Editorial
© Varios autores
Reina Victoria 447 y Roca
Telf.: 543-273 Fax: 543-607 Casilla postal 164-B Quito
Primera edición 1.000 ejemplares. Marzo 1997
ISBN: 9978-95-165-2
Diagramación: Víctor Jiménez
Fotografía de portada: Martín Verneti
Diseño de portada: Alfredo Ruales
Quito-Ecuador

CONTENIDO

- ECUADOR: LA REVOLUCIÓN DE LOS
"OLIGARCAS BUENOS"
René Báez 11
- CALEIDOSCOPIO DEL 5 DE FEBRERO
Edmundo Ribadeneira..... 25
- EL BUCARAMISMO EN EL PODER
Alberto Acosta 47
- EL BUCARAMATO: UNA IMPOSTURA
Francisco Muñoz Jaramillo 91
- "... Y LLEGÓ EL COMANDANTE,
Y MANDÓ A PARAR"
Andrés Carrión..... 117
- GUAYAQUIL, CIUDAD-PUERTO Y BAHÍA
Willington Paredes..... 145
- EL DESPERTAR DEL SER SOCIAL HACIA
LA IDENTIDAD ECUATORIANA
Rocío Rosero Jácome 173

• BUCARAM, ¡¡FUERA!!: LA VOZ DE LOS MOVIMIENTOS PROFUNDOS <i>Milton Luna</i>	197
• BUCARAM ¡FUERA! BUCARAM ¿FUERA? <i>Simón Pachano</i>	229
• POCAS IDEAS PERO BIEN CONFUSAS SOBRE LA CAÍDA DE ABDALÁ BUCARAM <i>Miguel Donoso Pareja</i>	265
• ECUADOR: ROMPECABEZAS PARA ARMAR • ENTREVISTA AL ECONOMISTA CÉSAR VERDUGA EL 8 DE MARZO DE 1997 <i>César Verduga</i>	285

BUCARAM, ¡FUERA! BUCARAM, ¿FUERA?

* SIMÓN PACHANO

1. LA PERMANENTEMENTE EFIMERA PRESENCIA DEL POPULISMO

El triunfo de Abdalá Bucaram en las elecciones de Julio de 1996 —antecedido por sus dos exitosas campañas anteriores— ratificó la permanente presencia del populismo en el sistema político ecuatoriano. Su caída, apenas ciento ochenta días después de posesionarse como presidente de la República, comprobó que el paso de los líderes populistas por el gobierno de este país es siempre efímero.

Presencia sostenida como fuerza electoral o como liderazgo afianzado en amplios sectores de la sociedad, por un lado, y paso fugaz por las instituciones públicas, por otro lado, han sido las características de bucaratismo como en su tiempo lo fueron del velasquismo. Sin embargo, allí terminan las similitudes con aquella experiencia histórica, ya que son más

* Analista político, Profesor e Investigador de la FLACSO.

numerosos los elementos que las diferencian. El contexto económico, social, político y cultural no se parece en nada en uno y otro caso; las fuerzas que se enfrentaban y definían los acontecimientos no guardan mayor similitud ni son parecidos los intereses que estaban en juego; la composición social del bucaratismo —considerada solamente desde el punto de vista de su base electoral— no se asemeja mayormente a la del velasquismo; finalmente, poco es lo que tienen en común ambos líderes a más de la utilización de la palabra como el elemento central de la acción política.

Vale la pena destacar estas diferencias con el que se constituye en único antecedente histórico nacional, ya que a través del análisis de sus especificidades es posible encontrar las explicaciones sobre su presencia, su enraizamiento en la sociedad, su ascenso y su caída. Con respecto a la experiencias históricas, el bucaratismo exige ser tratado como un fenómeno nuevo dentro del panorama político ecuatoriano porque nuevas son las condiciones en que surge y se desarrolla. Sin embargo, antes de entrar en ese campo es necesario tratar brevemente ese aspecto que le asemeja al velasquismo, esto es, la contradicción entre permanencia como fenómeno socio-político-cultural y fugacidad como gobierno.

Cabe recordar el ya lejano origen de Bucaram como dirigente político: su desempeño en la intendencia de policía de la provincia del Guayas, un puesto de tercer orden, generalmente turbio y de bajo perfil, le lanzó a la fama por la imagen de hombre duro y arbitrario. Apadrinado por su cuñado, el presidente Jaime Roldós, desarrolló una mezcla de moralismo y autoritarismo: prohibió películas que consideró pornográficas, obligó a alargar las faldas de las mujeres que trabajaban en la

administración pública, estableció la ley seca durante los fines de semana, prohibió el juego de fútbol en la calle y estableció un sistema de cobro de impuestos y de aportes extraoficiales poco apegado a las normas legales.

Desde ese cargo, que no ha sido precisamente un escalón dentro de la trayectoria de la clase política ecuatoriana, inició una carrera que lo llevó de inmediato a la Alcaldía de Guayaquil (1984) y a la candidatura presidencial por tres ocasiones (1988, 1992 y 1996). Además, impulsó políticamente a su hermana Elsa, quien obtuvo la Alcaldía de la misma ciudad en 1988. Logró también consolidar a su partido que, luego de un ascenso electoral constante, se convirtió en el segundo a nivel nacional (lo que marca otra diferencia con Velasco, que siempre careció de partido). Como es conocido, ni él ni su hermana (y habría que añadir ni el prefecto provincial del Guayas, su cercano amigo Alfredo Adum) pudieron concluir sus respectivos mandatos. Envueltos en escándalos de corrupción debieron abandonar sus cargos, sin que eso significara que salieran de la escena política.

A partir de esas experiencias iniciales se conformó aquel binomio contradictorio de fuerte apoyo electoral y fugaz paso por las instituciones. Posiblemente más importante que preguntarse por los motivos sociales, económicos, políticos o de cualquier otra naturaleza que están en el origen de esto, sea adecuado analizar la relación que existe entre ambos términos. Se podría sugerir como hipótesis que esa fuerza electoral (que a la vez expresa gran arraigo social) es precisamente la causa de la inestabilidad en el ejercicio de la función pública.

Para explicar esta suposición es preciso adentrarse en las características del apoyo popular logrado por Bucaram y, más

precisamente, en los mecanismos utilizados para conseguirlo y mantenerlo. El primer elemento en este sentido es la conformación de una relación clientelar entre el líder y determinados sectores sociales, obtenida a través de la incidencia del primero en el ámbito de las necesidades de los últimos. La solución de problemas básicos (acceso a tierras para vivienda, a servicios e incluso a empleo o a formas de generación de ingreso), no exclusivamente desde el ejercicio de una función pública sino también a través de la captación de recursos privados y la transferencia a esos sectores, ha sido el elemento básico sobre el que se ha asentado la imagen buccaramista.

Muchos estudios acerca del clientelismo y del populismo han destacado este aspecto y han demostrado cómo se forman redes clientelares que superan largamente los momentos de agitación electoral. El líder, caudillo o cacique (no cabe entrar aquí en las diferencias conceptuales entre esos términos) se convierte en elemento fundamental para el acceso de un conjunto de personas —generalmente de los sectores más pobres de la sociedad— no solamente a los servicios, sino al complejo mundo de las instituciones públicas y en general de los centros de decisión. Asume así una función de facilitador, de *bisagra* entre el mundo marginado de esos sectores sociales y el mundo oficial de las instituciones y de la política.

Bucaram ha cumplido a cabalidad esta función a lo largo de su carrera política. Tanto en su paso —o el de sus familiares y partidarios— por la administración pública como en su acción permanente fuera de ellas, ha trabajado constantemente la red clientelar. Como se verá de inmediato, a esto han contribuido tanto la conformación de una estructura partidaria, como la presencia de fuertes intereses económicos en las filas

del bucaramismo. Pero, antes de ello, en la base se encuentra un conjunto de mecanismos y procedimientos que combinan la realización de actividades económicas con las de carácter estrictamente proselistista y político, por medio de los cuales se asegura la fidelidad de la clientela. En realidad, se estructura una situación en la que ella queda atada por medio de fuertes vínculos de diverso tipo. De esa manera, la adscripción al bucaramismo es algo mucho más fuerte que la identidad ideológica, aunque ésta no está ausente.

El segundo elemento es el papel que juegan los diversos componentes de la red de clientelas, que se constituyen en un verdadero aparato que funciona en apoyo del líder. En este caso es muy interesante destacar el papel del Partido Roldosista Ecuatoriano, fundado por el mismo Abdalá Bucaram en 1981 y que desde entonces no ha cesado de crecer hasta convertirse en el segundo, en términos de votación, a nivel nacional. Su crecimiento electoral, que se ha expresado constantemente a lo largo de las última década, lo llevó a obtener significativa votación nacional en las elecciones municipales, provinciales y parlamentarias así como en la primera vuelta de las presidenciales y a ganar en casi todas las provincias (con excepción de Guayas) en la segunda vuelta, en 1996. Más que una maquinaria electoral —como fue el velasquismo— éste tiene las características de una organización estable, con una estructura permanente, altamente jerarquizada pero a la vez con amplia capacidad de inclusión.

A diferencia de los modelos tradicionales de partido, que se asientan sobre la comunidad de intereses ideológicos y/o políticos, y de los que funcionan como maquinarias electorales, el PRE tiene una organización basada precisamente en

las redes clientelares. En cualquiera de los otros tipos de partidos se produce una ruptura entre la vida cotidiana de los militantes y la vida partidista, mientras que en éste se funden ambas esferas. En la medida en que es uno de los mecanismos primordiales de solución de los problemas básicos, el partido ha pasado a formar parte del universo cotidiano de sus militantes. Posiblemente sea uno de los pocos casos en el Ecuador (el otro puede ser el Partido Social Cristiano) que cuenta con mayor proporción de *militantes* dentro de sus *afiliados*.¹

Así, el partido se ha convertido en un engranaje indispensable dentro de la maquinaria de captación de la clientela y de preservación de la imagen del líder. A la vez, ha funcionado como el semillero de cuadros para ocupar los mandos medios dentro de la misma estructura clientelar y para participar en las elecciones en los niveles provinciales y cantonales. Esto marca una diferencia muy clara con los diversos populismos latinoamericanos —con la obvia excepción del peronismo— que han girado casi exclusivamente alrededor de la figura del líder y han ahogado cualquier intento de consolidación de una estructura partidaria.² Ciertamente, no es el modelo occidental ni leninista de partido, pero es la principal estructura de la red clientelar.

El tercer elemento que explica el arraigo popular de

¹ Es muy diferente el caso de los partidos de origen marxista, como el Movimiento Popular Democrático, que tienen también una alta proporción de militantes, esto es, de personal activo, dentro del conjunto de sus afiliados, ya que se trata de adscripciones fundamentalmente ideológicas y en alguna medida de reivindicación gremial (como en el caso de la Unión Nacional de Educadores, que representa una alta proporción de la militancia de este partido).

² A pesar de las similitudes con el peronismo —en términos de líder apoyado por un partido— existe una gran diferencia: en el caso argentino no parece haber jugado un papel tan importante dentro de la red clientelar como lo ha hecho en Ecuador. Quizás ello explique la posibilidad real de surgimiento de corrientes ideológicas dentro del peronismo, cosa muy difícil de que ocurra en el tildosismo (o más precisamente bucaranismo).

Bucaram es el hábil y eficiente manejo de elementos simbólicos que le permitieron estructurar una imagen de líder de los excluidos. En este aspecto destaca claramente el discurso, que no solamente ha cumplido la función de expresión de las necesidades y anhelos de esos sectores, sino que fundamentalmente se ha constituido en el elemento de significación de esos sectores. El discurso bucaramista —especialmente todo el lenguaje y todos los artificios usados en la campaña— concede significación o existencia política a los sectores que, por razones económicas, sociales, políticas, étnicas e incluso de ubicación geográfica, no la han podido alcanzar ni podrían hacerlo a través de los canales establecidos en el sistema político.

Cuando Bucaram aludía a las carencias y necesidades de esos sectores o cuando nombraba incansablemente a una larga lista de parroquias y pequeños pueblos de las provincias del país, no solamente constataba un hecho —la pobreza, la exclusión, la marginación— sino que reconocía políticamente a aquellos sectores. El discurso tenía la estructura y el contenido necesarios para colocarlos como actores de un proceso que se vivía en ese momento, lo que se complementaba con su fuerza ilocutoria (entendida como la capacidad de convertir al discurso en un acto de interlocución, opuesto al monólogo del político que expone sus propuestas al pueblo).³ Por ello, no es casual que Bucaram utilizara prioritariamente la tarima como instrumento de comunicación, ya que desde allí podía con-

³ Reiteradamente, durante la última campaña electoral, los medios de comunicación y los otros partidos políticos le solicitaron a Bucaram la presentación de un programa de gobierno y le conminaron a debatir con el resto de candidatos. Su negativa, y la ausencia misma de un programa, expresaban precisamente la importancia que él otorgaba a la "fuerza ilocutoria" del discurso antes que a la capacidad interpretativa y propositiva. Sobre este concepto, véase Lan 31, Oscar: El discurso sobre lo posible, CEDES, B. Aires, 1985.

seguir a plenitud la interlocución, establecer aquel diálogo que reconocía al pueblo como un sujeto. De paso se puede decir que en este marco se puede insertar la categoría seducción que ha utilizado acertadamente De la Torre para calificar la relación que se establece entre el líder y el pueblo, ya que en gran medida se trata precisamente de eso, de un juego entre dos sujetos y no de la simple dominación del uno por el otro.

Dentro de este mismo manejo de elementos simbólicos y del uso del discurso como construcción de una realidad más que como reflejo de ella es importante destacar el uso de dicotomías como la de *pueblo-oligarquía*, que viene a ser el correlato de *bueno-malo* y que tiene también enorme fuerza significatoria (esto es, que otorga significado). Dentro de esa dicotomía excluyente, los individuos y los grupos sociales solamente pueden ubicarse en uno de los dos polos, con lo que se abre paso a la entronización de la lógica de la guerra, *amigo-enemigo*, por sobre la lógica de la política, *aliado-adversario*. Esta ha sido, sin duda, una de las características más destacadas de la práctica política bucaramista e incluso de la propia definición de Bucaram como sujeto político. Esto le ha limitado su capacidad de alianzas y le ha dejado espacio únicamente para realizar determinados acuerdos puntuales (podríamos decir tácticos para ser congruentes con el lenguaje de la guerra) en los momentos en que han sido estrictamente necesarios.

Al colocar las cosas en un plano absolutamente excluyente, Bucaram realiza un nuevo acto de significación de los actores sociales y políticos: son parte de la oligarquía o son parte del pueblo. Si a esto se añade la curiosa definición de oligarquía que acuñó durante la última campaña, como un estado del alma, entonces resulta obvio que cualquier persona

o grupo social puede ser (o no ser) parte de ella sin que importe en lo más mínimo su origen social, sus condiciones de inserción en la economía, etc. Lo que importa verdaderamente en esta percepción dicotómica es la calificación —y la consecuente significación— que le otorga el líder. Pueblo y oligarquía vienen a ser construcciones discursivas que sirven para establecer el campo de conflicto y, en consecuencia, para delimitar claramente la condición de amigo o enemigo. En ese sentido, el discurso rebasa el nivel constatativo (una alusión a las condiciones concretas de la realidad), para adquirir una dimensión realizativa o prescriptiva (una determinación de cambio de esa realidad).

El cuarto elemento es el de la erosión de la capacidad de representación del sistema político. En buena medida (aunque seguramente mucho menor que lo que generalmente se cree y se acusa), las instituciones claves del sistema político han ido perdiendo su aptitud para representar y conducir los intereses de los diversos sectores sociales y han visto desgastarse su legitimidad. Los partidos políticos, el Congreso Nacional, los organismos locales y provinciales, el sistema judicial y las instancias del ejecutivo han sufrido grave deterioro en los últimos años y, adicionalmente, han recibido el embate de diversas fuerzas que no ven en ellos sino rezagos de un pasado que debe ser superado.⁴ En este sentido viene a ser un elemento exógeno a las características propias del bucaramismo, pero lo importante es la forma en que éste lo ha aprovechado.

Es ampliamente reconocido que, por un conjunto de fac-

⁴ Sin embargo, los partidos siguen recibiendo en forma mayoritaria el apoyo electoral, mientras que los independientes, que cuentan con más facilidades que estos para participar en elecciones, se han visto relegados a representaciones claramente minoritarias y a instancias de segundo orden.

tores, se ha producido no solamente el deterioro de la capacidad de representación del sistema político, sino que junto a éste se ha hecho evidente la pérdida de capacidad de respuesta institucional de la administración pública. Para decirlo de otra manera, ha habido un problema de disminución de la eficiencia y eficacia de las instituciones estatales, que a su vez ha desembocado en la erosión de la legitimidad del sistema político. Bucaram y el bucaramismo se han enancado en esta situación y han sacado enorme provecho de ella. Han logrado combinar eficazmente el reclamo de los sectores sociales excluidos —que exigen infraestructura, servicios, ingresos, pero también un reconocimiento político y social— a través de la instauración de mecanismos alternativos, ajenos al sistema político formalmente establecido. Con ello han contribuido a incrementar la informalización de la política, entendendida en el sentido de que gran parte del procesamiento del conflicto social ocurre al margen del sistema político.

El quinto elemento es la condición de Abdalá Bucaram como expresión de sectores sociales emergentes, en este caso ya no de los grupos más pobres sino más bien de estratos empresariales surgidos al amparo de una audaz combinación de actividades lícitas e ilícitas. A la luz de la corta administración presidencial de Bucaram se puede comprobar a posteriori la existencia de fuertes intereses económicos dentro del bucaramismo, los que en su afán de convertirse en una fracción oligárquica (especialmente en Guayaquil) actuaron como el sustento financiero del movimiento populista. Su condición de oligarquía sin un pasado glorioso, sin abolengos, con orígenes que podrían ser considerados plebeyos de acuerdo a los parámetros de una sociedad extremadamente segmentada

como la ecuatoriana, la arrinconaba socialmente y contribuía a establecer canales de comunicación con los otros sectores excluidos. Es más, su reconocimiento como parte de la oligarquía dependía en gran medida del apoyo (que en este caso debe ser visto como utilización) de una base social significativa: la lumpenización social se expresaba en la lumpenización oligárquica.

El último elemento es la existencia de una cultura política con tendencias autoritarias, poco proclive a reconocer normas y pautas generales que originen comportamientos y conductas socialmente construidos y socialmente aceptados (es decir, que no sean ni aparezcan como impuestos). Se trata de una cultura política que ha desarrollado un doble discurso: por un lado reivindica valores como la democracia y la honestidad, mientras por otro lado es incapaz de manifestarse en un tipo de relación social en el que el otro sea considerado como un igual y es bastante permisiva con los actos de corrupción. Obviamente, éste es también un elemento de carácter exógeno al bucaramismo pero así mismo hábilmente aprovechado por éste a través de su práctica política y de su discurso. En gran medida, el ascenso de esta expresión política se ha asentado en la agudización de esas conductas que, a su vez, alimentan la informalización de la política. En efecto, allí se encuentra el terreno fértil en que germinan conductas que evaden la institucionalidad establecida y niegan los que podrían constituirse en parámetros vinculantes de las conductas sociales.

De este recuento de los principales elementos que explican el apoyo social logrado por Bucaram se pueden deducir fácilmente las causas de la inestabilidad administrativa. Ninguno de aquellos factores (clientelismo, organización par-

tidista como engranaje de la estructura clientelar, utilización sobredimensionada del discurso, informalización de la política, expresión de los intereses de nuevos grupos oligárquicos y existencia de una cultura política autoritaria y esquizofrénica) constituye garantía de estabilidad en la medida en que no logra insertar al buccaramismo en las estructuras y en los mecanismos del sistema político. Por el contrario, a causa de cada uno de ellos y a pesar de la ya dilatada presencia buccaramista en la política nacional, éste ha aparecido como un elemento hasta cierto punto exógeno al sistema político y como un factor de desequilibrio permanente. Cada uno de estos —y todos ellos en conjunto— ha llevado a que Buccaram y el buccaramismo jueguen un papel desestabilizador.

A pesar de su sujeción a las reglas de juego de la democracia, aquellas características lo han convertido en un agente negativo para ésta y para la institucionalidad del sistema político. Más que por un doble discurso, esto ha ocurrido precisamente por la especificidades señaladas. En efecto, en primer lugar, el clientelismo no permite la representación adecuada de intereses ni facilita la participación en términos de ciudadanía. En segundo lugar, la utilización de una organización partidista como parte de la estructura clientelar afecta al conjunto del sistema de partidos ya que establece criterios utilitarios para la adscripción de sus integrantes y para el funcionamiento de ellos. En tercer lugar, la utilización del discurso como eje central de su comunicación con los sectores populares no abre las compuertas a la participación y, a pesar de su carácter significadorio, no conduce al fortalecimiento de la ciudadanía. En cuarto lugar, la contribución a la informalización de la política solamente lleva a erosionar aún más las institu-

ciones y procedimientos del sistema político, sin lograr —y quizás sin siquiera pretender— la construcción de una institucionalidad alternativa. En quinto lugar, su condición de portador de intereses oligárquicos emergentes (de algo parecido a lo que en Bolivia se ha denominado la burguesía chola) le asigna, por un lado, un carácter agresivo, que repara poco en las pautas y valores establecidos en la economía y en el juego político y le lleva, por otro lado, a negar la propia estructura en que intenta insertarse (es decir, tampoco en este nivel pretende construir una institucionalidad alternativa). Finalmente, su papel como agente activo de una cultura política autoritaria y portadora de valores duales lo ha transformado en el portavoz más importante de las posiciones antisistema.

2. EL ASCENSO: DESINTEGRACIÓN SOCIAL Y POPULISMO

Alguna dosis de populismo, bajo cualquier forma que se lo quiera entender, ha sido una constante en la vida política del Ecuador desde el retorno a la democracia.⁵ Entre el triunfo de Roldós en 1979 y el de Bucaram en 1996, la política ecuatoriana ha tenido —y seguramente seguirá teniendo por mucho tiempo más— en el populismo uno de sus elementos constitutivos, quizás el de mayor determinación y peso en la conformación de sus características. La orientación de las culturas políticas, la estructura y la práctica de los partidos políticos, el

⁵ No cabe entrar aquí en el tratamiento conceptual del populismo. Únicamente es importante señalar que con este término se ha calificado a una forma de liderazgo, una manera de incorporación de sectores populares a la escena política, un tipo de discurso político, una forma de relación clientelar, determinadas orientaciones de política económica y de acciones gubernamentales, entre otras. En este artículo pongo énfasis en la relación clientelar y en los aspectos discursivos.

discurso de los dirigentes, las formas de relación entre los candidatos y los electores, los mecanismos de reclutamiento y acceso a los puestos de elección popular, en fin, las maneras de hacer política, son aspectos que se encuentran fuertemente influidos por este fenómeno. Podría decirse que el sistema político ecuatoriano no solamente ha tolerado sino que ha necesitado una cierta porción de populismo, sin embargo parecería que el bucaratismo —de manera especial en el ejercicio del gobierno— rebasó los niveles aceptados y provocó un desajuste de grandes proporciones.

En este sentido, el bucaratismo no habría hecho otra cosa que llevar hasta sus límites al sistema político ecuatoriano, esto es, colocar a las prácticas, conductas y procedimientos que habían venido desarrollándose desde el retorno al régimen democrático en el máximo grado de tensión que podían soportar. Por ello, a manera de hipótesis se puede decir que la causa central de la caída de Bucaram hay que buscarla en las características de ese sistema político o, con mayor precisión, en los niveles de aceptación de los elementos que he descrito como componentes del populismo (especialmente el clientelismo, la construcción demagógica del discurso y la utilización del aparato estatal como mecanismo de integración y legitimación de grupos sociales emergentes). Por consiguiente, antes de entrar a analizar las causas concretas que provocaron la erosión del gobierno de Bucaram, es pertinente preguntarse acerca de las condiciones que llevaron a entronizar aquellas prácticas y conductas en el sistema político ecuatoriano.

Aunque no es mi intención entrar en el rico, apasionante y largo debate conceptual acerca del populismo y del clientelismo, considero conveniente señalar que la búsqueda de

explicaciones unicasales y unívocas no resulta aconsejable frente a fenómenos de esta naturaleza. La presencia arraigada (no sólo pasajera o episódica) de líderes como Abdalá Bucaram se explica por un conjunto de factores que van desde la cultura política hasta las condiciones estructurales, pasando por las prácticas políticas (entendidas como resultado pero también como causa) y por un conjunto de condiciones sociales que configuran una situación muy compleja. De manera sintética se podría acudir a la noción de desintegración social, entendida como la situación temporalmente limitada en que se produce la pérdida de relaciones colectivas dotadas de regularidad que, a su vez, lleva a la dislocación del orden y a la desintegración del sistema simbólico (pérdida de la noción de pautas integradoras de la sociedad); frente a esto, las instituciones se revelan incapaces de regular las relaciones sociales, el orden colectivo se muestra frágil e impotente para emitir imágenes que integren simbólicamente a la sociedad y se abre paso a la emergencia de personalidades autoritarias altamente vulnerables ante un líder carismático.⁶

En consecuencia, estaríamos inmersos en una situación —que podría ser considerada de carácter estructural— en que se han erosionado los mecanismos de integración social, se han profundizado los elementos autoritarios de la cultura política y se ha expandido la noción de salvación milagrosa como oposición a procesos sociales construidos socialmente. Esta situación, que lleva ya varios años de duración y que no se presenta como un proceso de corta duración —aún cuando

⁶ Véase Tironi, Eugenio: *Autoritarismo, modernización y marginalidad*, Sur, Santiago, 1990. La noción de desintegración social, originalmente trabajada por Durkheim ha sido muy bien aplicada por Tironi en el caso chileno y puede resultar muy adecuada para la explicación de fenómenos como el populismo bucaramista.

se la considere temporalmente limitada debido a la tendencia de las sociedades a la búsqueda de un orden—, se encontraría en la base de aquellos comportamientos, procedimientos y pautas que caracterizan al sistema político ecuatoriano. Por ello, los partidos políticos que pueden ser considerados exitosos (de acuerdo al crecimiento electoral y al enraizamiento en la sociedad) han acudido con frecuencia a las relaciones clientelares a la sobredosis de ofertas y a la búsqueda de liderazgos que sustituyan a las formas orgánicas de integración y participación de sus seguidores.

Pero, por un conjunto de causas, entre las que cabe destacar, por un lado, la ya mencionada tendencia a buscar la reconstrucción del orden social y, por otro lado, la influencia de las normas y leyes que rigen la vida política, se establecen límites para aquellos fenómenos que aparecen como amenazas para su propia estabilidad. Esto quiere decir que la sociedad va encontrando correctivos —ya sea por su propia dinámica, por incidencia de la legislación vigente o por otras causas— y establece los límites mencionados. Por tanto, habría corrientes y contracorrientes que llevan a la delimitación de los umbrales que habrían sido desbordados por el buccaramismo.

A partir de esta breve visión de la generalización de las pautas y conductas que podrían ser calificadas como populistas es posible comprender el ascenso de Abdalá Bucaram, expresado en la votación creciente que ha ido obteniendo en las diversas elecciones en que ha participado y, de manera especial, en el alto porcentaje obtenido en la primera vuelta y el amplio triunfo logrado en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 1996.⁷ Sin duda, Bucaram se había

⁷ Bucaram obtuvo en la segunda vuelta el 54.5% de los votos válidos, frente al 45.5% de

constituido en la mejor expresión de esa tendencia que había echado raíces.

3. LA CAÍDA: LOS LÍMITES DEL SISTEMA ⁸

Además de que resultaría largo enumerar todos los hechos que produjeron el desgaste del gobierno de Bucaram, no es ésta mi intención en este artículo. Más bien, dentro de una visión de conjunto, considero conveniente señalar las que podrían ser consideradas como las causas —y no los hechos— que llevaron finalmente a su caída. Éstas se pueden agrupar en seis grandes conjuntos: la heterogeneidad de la base electoral con que triunfó en la segunda vuelta; la dureza de las medidas económicas; la generalización de la corrupción; el estilo a la vez autoritario y estafalario del presidente; la identificación de su gobierno con una oligarquía emergente; y, como consecuencia de todo ello, el debilitamiento de las instituciones democráticas.

3.1. LOS EFECTOS PERVERSOS DE LA SEGUNDA VUELTA

A pesar de haber sido concebida para asegurar la mayoría absoluta en la elección presidencial, la segunda vuelta ha conspirado contra la conformación de gobiernos de coalición. Su instauración en un medio en que la votación es errática y en que la cultura política —guiada por la visión de corto plazo de

Nebot. Triunfó en todas las provincias del país, con excepción de Guayas donde Nebot logró el 56.4% y Bucaram el 43.6%.

⁸ Esta sección es una versión revisada de los planteamientos hechos en "Democracia a la medida", en Iconos, N° 1, Flacso, Quito, 1997.

los tempos electorales— es el principal enemigo de la colaboración, solamente ha podido producir “efectos perversos”. El caudal electoral del candidato triunfador no expresa apoyo político, no va más allá del acto estrictamente electoral y no se manifiesta en términos orgánicos. Por tanto, resulta ingenuo esperar que desde allí surja un compromiso de organizaciones sociales y de partidos políticos para conformar un gobierno. También es ingenuo esperar un compromiso desde el triunfador hacia quienes le manifestaron su apoyo. Así, el voto de segunda vuelta resulta un cheque en blanco que otorga un mandato difuso, lo que se agudiza en el caso de un líder personalista y autoritario como Bucaram.

Como se ha señalado, Bucaram triunfó holgadamente en la segunda vuelta de 1996. Los nueve puntos porcentuales que le separaron de Nebot eliminaron las dudas que se habían creado en los días anteriores a causa de los resultados de las encuestas (de circulación clandestina por obra de la ley que las prohíbe desde un mes antes del día de la elección) que establecían lo que se dio en llamar un empate técnico y que, en su mayoría, expresaban una tendencia creciente de Nebot. Pero más importante que eso fue el 28.3% de crecimiento de Bucaram con respecto a la primera vuelta, cuando obtuvo el 26.2% del total de votos válidos, lo que quiere decir que más que duplicó su votación inicial (mientras Nebot logró un incremento de 18.4%, equivalente a las dos terceras partes de su votación de primera vuelta). Como es obvio, el crecimiento de ambos (en ésta así como en todas las elecciones presidenciales que se han realizado bajo este sistema) solamente podía haberse alimentado de lo que obtuvieron los demás candidatos en la primera vuelta. Independientemente de quién haya sido

el triunfador queda abierta la pregunta acerca de cómo se operó esa transferencia de votos.

Sin entrar en detalles al respecto, es importante destacar dos aspectos que han caracterizado a estas transferencias en las cinco elecciones que se han realizado hasta el momento bajo esta modalidad. En primer lugar, con la posible excepción de la contienda del año 1984, que tuvo contenidos ideológicos, en la segunda vuelta ha predominado el *voto negativo*, esto es, la resistencia provocada por uno de los candidatos (el perdedor) y no el voto positivo o de adscripción a los planteamientos del triunfador. En segundo lugar, varios estudios realizados a partir del análisis de grupos focales y de encuestas demuestran que los partidos y/o los candidatos eliminados en la primera vuelta no tienen prácticamente ningún control sobre la orientación de su electorado para la segunda vuelta; por tanto, ésta se convierte en una opción absolutamente individual y con ello se niega la posibilidad de que allí se materialicen acuerdos partidistas electorales, mucho menos de gobierno.

En el caso de la segunda vuelta de 1996 se expresaron con toda claridad estas dos características. A pesar de que siempre había sido el candidato que recibía mayores índices de rechazo (expresado cínicamente, en 1988, en el grafiti "Te odio, Bucaram, por obligarme a votar por Borja") Bucaram se benefició en esta ocasión de la resistencia que Nebot encontró en la Sierra. Sin duda, gran parte de su votación en esta región se explica por el voto negativo más que por una adscripción a sus propuestas o por una identificación con su estilo de liderazgo.⁹ Por su parte, a pesar de que Bucaram estableció acuer-

⁹ Posiblemente éste sea uno de los elementos que puede explicar la reacción tan fuerte y masiva de esta región en contra de Bucaram: el voto que le dio el triunfo se radicó allí, pero no se trataba de una adscripción sino de una negación.

dos con varios partidos políticos y fuerzas sociales, un simple recuento de los votos obtenidos por estos en las primera vuelta no permite afirmar que el notorio incremento que logró en la segunda vuelta se debiera a ellos. Es más, la mayor parte de partidos, siguiendo lo que es ya una tradición en el país —e implícitamente un reconocimiento de su escaso ascendiente sobre su electorado—, decidió dejar el voto de segunda vuelta a criterio de cada individuo.

De esta manera, Bucaram llegó al gobierno con gran apoyo popular pero, como ha sucedido siempre desde que se instauró la segunda vuelta, éste no se tradujo necesariamente en apoyo político para la conformación y administración del gobierno. Además, a pesar del apoyo de organizaciones sociales y de partidos políticos en la segunda vuelta, Bucaram fue incapaz de comprender que éste sería mucho más necesario —y sobre todo más útil— en el ejercicio del gobierno. Siguiendo los mismos derroteros de lo que había sido su propia trayectoria política —considerando seguramente los éxitos que ellos le habían deparado— prefirió colocar la lógica clientelar y patrimonialista sobre la lógica de la gobernabilidad. Desde el inicio de su gobierno se pudo advertir la escasa representatividad que tendrían en su administración los diversos sectores que votaron por él y que participaron activamente en la campaña. Pero, sobre todo, se pudo constatar el carácter amorfo e inorgánico de su base de apoyo.

3.2. LAS MEDIDAS ECONÓMICAS: RAZÓN NECESARIA, NO SUFICIENTE

La protesta del 5 de febrero se inició efectivamente como

rechazo a las medidas económicas que había puesto en práctica, a partir del diciembre anterior, el gobierno de Bucaram. La iniciativa surgió de las organizaciones sindicales, como uno de los actos litúrgicos que se realizan cuando los gobiernos toman este tipo de medidas, más aún en este caso cuando se trataba de un programa que superaba ampliamente al que implantó Dahik en el gobierno anterior. Éste fue sin duda el detonante del desencanto popular, sin embargo resulta difícil tomarlo aisladamente como la explicación de lo que sucedió después. Si se piensa en la magnitud de las medidas que tomó el gobierno de Sixto Durán en 1992 y la debilidad de la reacción que provocaron, será preciso reconocer que en el caso de Bucaram hubo necesariamente otros factores que intervinieron para llevar las cosas hasta el nivel que alcanzaron. Posiblemente fue la contraposición que se estableció con sus ofertas de campaña (en el caso de Durán Ballén nadie esperaba otra cosa) o quizás fue la notoria incapacidad administrativa y la evidencia de la corrupción o fue todo ello y mucho más.

Antes de entrar en esos otros factores es importante destacar la contraposición que se establece, en el caso de los populismos, entre el discurso que les permite acceder al gobierno y su acción ya en el ejercicio de la administración. En recientes experiencias latinoamericanas (Fujimori, Menem y hasta cierto punto Collor de Mello y Carlos Andrés Pérez) esta contradicción, ha arrojado dos tipos de resultados diametralmente opuestos: ha llevado al desgaste rápido del gobierno y de la figura del presidente, como en el caso de Pérez en Venezuela o de la segunda administración de Menem en Argentina; o, por el contrario, ha redundado en beneficio del gobierno y del liderazgo presidencial, como en el caso de

Fujimori en Perú o del primer período de Menem. Por tanto, no es posible establecer resultados certeros o previsibles a partir de la contradicción entre la sobreoferta del discurso de campaña y la política de corte neoliberal que han impulsado desde el gobierno. Parece evidente que el resultado depende de las condiciones en que esto se produce: las medidas de Fujimori y del primer Menem fueron tomadas en un contexto de crisis sin precedentes, donde aparecían como la única salida posible, mientras que las de Pérez y del segundo Menem surgieron en contextos menos críticos y, por tanto, encontraban menos elementos de justificación.

El caso de Bucaram se inscribe claramente en esta última situación. La dimensión de las medidas no guardaba relación con las condiciones del país, por lo que resultaban desmedidas y extremadamente costosas en términos de los problemas que se pretendía enfrentar. Su anuncio de la convertibilidad como eje central (y casi como objetivo final) del programa económico puede haber causado cierta tranquilidad entre los organismos internacionales de crédito, que la veían como la "camisa de fuerza" que necesitaba un gobierno populista para no salirse de los límites establecidos para el manejo económico. Sin embargo, ese mismo anuncio fue recibido con mucho temor por los trabajadores, que veían a la convertibilidad como un instrumento para la eliminación de sus derechos y como un factor que llevaría a incrementar los niveles de desempleo y de subempleo. Pero también fue recibido con recelo por los empresarios, que sabían de las limitaciones de la industria nacional para competir sin limitaciones con economías de más alta productividad.

Siendo así, las medidas lograron despertar la oposición de

los más diversos sectores sociales que, extrañamente, encontraron en ellas el denominador común en torno al cual se unieron para la protesta. Sin embargo, como he señalado antes, éste fue el detonante mas no el explosivo. La protesta por las medidas pudo haber concluido con la negociación de compensaciones, con la derogatoria parcial —como pretendió hacerlo a última hora el gobierno— o incluso con el cambio de orientación y la eliminación de la convertibilidad como propuesta. Al parecer, el gobierno lo consideró así, cuando erradamente evaluó las jornadas del 5 de febrero como un acto de protesta referido estrictamente a las medidas pero, como lo demuestra el desenlace de los hechos, había otros elementos en juego y estos fueron los que verdaderamente provocaron la caída de Bucaram.

3.3. LA ÉTICA DE LA CORRUPCIÓN

Dentro de esos otros elementos ocupa un lugar destacado la corrupción. Si bien es cierto que el Ecuador es un país que no se asombra del cobro de coimas en las dependencias públicas y que acepta socialmente a quienes presentan claras evidencias de enriquecimiento ilícito, en esta ocasión reaccionó con furor desconocido ante quienes convirtieron a esas prácticas en política gubernamental. Las causas para que se produjera esa reacción pueden buscarse a través de dos explicaciones: en primer lugar, aún en estos casos las sociedades ponen ciertos límites, por encima de los cuales comienza a operar la sanción social; en segundo lugar, en una sociedad que gusta mantener las formas (que repite como emblema que la mujer del César no solamente debe ser honesta sino también

parecerlo) impactó el desafuero y la desvergüenza con que actuaron en esta ocasión. Sea lo que fuere, lo cierto es que la corrupción se convirtió en el velo negro que ocultó todo aquello que, para bien o para mal, pretendió hacer el gobierno. Consigo arrastró las medidas económicas, la convertibilidad y finalmente al gobierno.

Sin mayor carga de ironía se podría decir que sociedades como la ecuatoriana han desarrollado una ética de la corrupción, en el sentido de que establecen determinados límites para los actos corruptos, dentro de los cuales no los sancionan y por el contrario los aceptan sin mayores problemas. El problema con el gobierno bucamamista habría sido que rebasó esos límites, es decir, que rompió los canones y valores socialmente establecidos y que además puso en evidencia una de las características que el sistema político y la sociedad siempre han tratado de mantener ocultas: la mujer del César no sólo que dejó de ser, sino también de parecer. Desde ese momento nada impedía que fuera visto como un elemento disfuncional al sistema, tanto por el abuso de un mecanismo socialmente limitado, como es la corrupción, cuanto por la manera evidente y sin tapujos con que éste era utilizado. Por ello, asegurar que el gobierno de Bucaram cayó por corrupto es una gran verdad, pero debe ser siempre relativizada dentro de ese marco social que la ha convertido en una forma de relación social.

En efecto, las prácticas corruptas no pueden ser analizadas exclusivamente como problemas individuales que pueden solucionarse con medidas punitivas. Las dimensiones que han alcanzado y las funciones que desempeñan en el conjunto de la sociedad —y no solamente en el sistema político— las convierten en hechos sociales, en parte constitutiva de todo

el sistema social. Desde el momento en que la corrupción se convirtió en elemento necesario e imprescindible para el funcionamiento de instituciones y para la materialización de procedimientos, pasó a ser una relación social, lo que significa no solamente un vínculo entre individuos y grupos, sino también un acto que otorga *status* y genera legitimidad. El gobierno bucaramista llevó esto a su máximo límite de tensión y provocó un desequilibrio social: fueron transgredidos los valores y las normas que rigen este tipo de acciones.

3.4. LA CAMPAÑA INFINITA: DE LA TARIMA AL GOBIERNO SIN UN SOLO TOQUE

El mayor activo político de Abdalá Bucaram ha sido su imagen y su capacidad de establecer relación con los electores, especialmente con los sectores populares. Su condición de líder carismático dotado de grandes atributos comunicativos, que ha ido puliendo a lo largo de su vida política, le ha entregado muchos triunfos y sobre todo una presencia permanente en el escenario político nacional. Sin embargo, esta misma cualidad puede contarse entre los factores que produjeron el abrupto y temprano fin de su gobierno. Al parecer, Bucaram nunca comprendió la diferencia que existe entre la campaña electoral y el ejercicio del gobierno; una diferencia que no se reduce a los escenarios sino que tiene que ver con la lógica que rige sobre cada una de ellas. Durante su corto período de administración se mostró incapaz de diferenciar entre la seducción que (según la acertada calificación de De la Torre) debe desarrollar como candidato y la capacidad de toma de decisiones que debe mostrar como presidente.¹⁰

¹⁰ Véase De la Torre, Carlos: *Un solo toque*, Caap, Quito, 1996.

Bucaram se colocó a sí mismo en la situación de actor único de su gobierno y de la política en general. El estilo estafalario de su imagen pública, reñida con el prototipo del presidente, encontró su correlato en la implantación de una tendencia autoritaria (que no quiere decir ni equivale a represiva) y patrimonialista. Desde el manejo arbitrario de las cuentas públicas hasta la arrogación de funciones, pasando por la descalificación absoluta de todos quienes no compartían su opinión y por el convencimiento de ostentar un mandato popular ilimitado que no reconocía otras representaciones que la suya, salpicado de presentaciones como cantante o como animador de televisión, configuraron una explosiva mezcla de jefe de pandilla de barrio con payaso que había perdido su circo en una ciudad ajena. El poder le resultó extraño y extraños le parecieron todos sus símbolos: la formalidad, el lenguaje sujeto a límites precisos, el Palacio de Gobierno, los actos oficiales. Extraños le resultaron también las normas y los procedimientos que expresan y constituyen ese poder: como en la tarima, siempre pensó que bastaba su palabra.

Desde muchos sectores, especialmente en las páginas de la prensa serrana, se criticó su estilo más como un problema de forma que de contenido. Si se acepta que el ejercicio del poder tiene un alto grado de ingredientes simbólicos así como de emisión y de recepción de mensajes, se aceptará también que el problema del estilo es algo más que forma. Lejos de la gran legitimidad que siempre había tenido como candidato (que hacía que cada elección se definiera en torno a él: a favor o en contra), nunca logró legitimarse como presidente. La utilización de los recursos y métodos de campaña (el discurso de barricada, la comunicación diaria a través de los medios, la

intervención en todos los asuntos, públicos o privados, del país, en fin, la sobrecarga de su presencia) llevó a que nunca se estructurara su imagen de presidente o, si lo hizo, que se derrumbara muy pronto. La caída de su popularidad, registrada ya en las encuestas de noviembre (antes de las medidas económicas), era una expresión de ello: la ciudadanía no encontraba en él al estadista que pudiera tomar decisiones, que supiera hacia dónde debía conducir al Estado.

Adicionalmente, al haberse colocado en el lugar más visible de la contienda política también se había ubicado en el lugar más vulnerable. Para agravar su situación, su propia condición de líder único así como su peculiar manera de entender la política le habían llevado a despreciar e ignorar a personas, organizaciones e instituciones que podían haberse convertido en escudos protectores. La formación de un gobierno caracterizado por el nepotismo pudo haberse explicado por el grado de confianza (que por el imperio de la corrupción más bien puede llamarse de complicidad) pero jamás tendrá una justificación política en la medida en que añadía elementos de vulnerabilidad. La renuencia a cambiar a los ministros que afectaban su imagen, ya sea por corrupción, como fue el caso de Sandra Correa, o bien por el ejercicio despótico de su cargo, como fue el de Adum, solamente significó que los errores de ellos se los endosaran a él. La negativa a contar con un ministro de Gobierno, apoyado en una supuesta alianza de segunda vuelta que no le reportaba ningún beneficio práctico, le colocó en una situación aún más descubierta ya que era él mismo quien debía cumplir esas funciones. En fin, Abdalá Bucaram nunca comprendió la política desde la presidencia, continuó entendiéndola como siempre lo había hecho, desde la tarima.

3.5. TURCOS Y PATRICIOS

En la primera sección de este artículo señalaba que Bucaram se había constituido en la expresión o el portavoz de grupos sociales emergentes, especialmente de un conjunto que podría ser denominado como una oligarquía plebeya, y que ésa había sido una de las explicaciones de su éxito político. Sin embargo, de igual manera a lo que sucedió con su condición de líder único, también esta virtud se convirtió en pecado al momento de ejercer el gobierno: su adscripción total y excluyente a este grupo le fue aislando de otros componentes de los grupos de presión, inclusive de aquellos que encontraron ciertos elementos positivos en su programa económico. La identificación absoluta con esta fracción oligárquica fue el primer elemento, dentro de este nivel, que contribuyó a debilitar su legitimidad —duramente trabajada y nunca concluida— dentro de los sectores empresariales.

Bucaram cometió el error que él y buena parte de los grupos oligárquicos siempre habían cuestionado en los socialcristianos: abarcar todo para un solo sector y cerrar las puertas de la participación económica de los otros grupos (el síndrome del comesolito se denomina en la Costa). Esto lo expresó no solamente a través de su política económica, orientada claramente a favorecer a este nuevo grupo, sino incluso en el manejo de determinadas áreas como las aduanas —donde se centraban los intereses de este grupo a causa de su relación con la importación legal e ilegal— y en la abierta intervención en asuntos privados, como la disputa por la herencia dentro de la familia Noboa. La concentración de poder económico que esto habría significado en los cuatro años de administración segu-

ramente no habría tenido parangón en la historia de los últimos setenta años (desde la Revolución Juliana) en el país.

Obviamente, esto le significó a Bucaram abrirse un frente en el que le resultaba muy difícil combatir y mucho menos salir airoso. Posiblemente él se confió de la división evidente que se había producido desde hacía varios años (quizás cabe colocar como hito inicial a la muerte de Luis Noboa) entre las diversas facciones de la oligarquía guayaquileña. La ausencia de un sector que lograra la hegemonía dentro de ese conjunto y que estuviera en capacidad de soldar y consolidar los intereses de todos los componentes, debe haber sido una tentación para entrar con mucha fuerza en la contienda y tratar de convertir a su propio grupo en ese eje oligárquico.

Acostumbrada como está a negociar todo lo negociable (que para el caso significa simplemente todo), la oligarquía de Guayaquil parece que estuvo dispuesta a pactar cuotas y repartos. La actitud no sólo contemplativa sino expectante frente a los primeros meses de gobierno bucaramista así lo dejaba ver. Inclusive, es preciso recordar la tardanza con que entraron en el movimiento del 5 de febrero las cámaras guayaquileñas y su reticencia a enfrentar directamente al gobierno; debió intervenir Febres Cordero, ese otro líder del sector, con mayor visión política y estratégica de lo que sucedía y de lo que se estaba jugando, para que estas representaciones gremiales de los grupos oligárquicos se decidieran a participar.

Sin embargo, en este aspecto Bucaram contaba con otro elemento adverso: el carácter plebeyo de esta nueva oligarquía, que chocaba con los valores de una oligarquía que había rebuscado blasones y tradiciones en su historia familiar para dar mayor sustento a su poder económico (y que se expresa

claramente en su autodefinición como *patricios*). Su grupo más cercano, propietario como él mismo de grandes fortunas, tenía y tendrá siempre en contra su origen árabe (expresado despectivamente en la utilización errada del gentilicio *turcos*) y, para agravarlo, solamente de segunda o tercera generación. En esa condición no solamente aparecían como advenedizos sino que, como suele suceder cuando un grupo de esta naturaleza irrumpe en medios extraños y entra a disputar el control de las actividades económicas, se muestra como un peligro. Mucho más si, como se ponía en evidencia en este caso, aquel grupo estaba dispuesto a utilizar todas las armas y los recursos que estuvieran a su alcance, aun cuando éstos no se enmarcaran en la legalidad o por lo menos en los cánones establecidos socialmente. Adicionalmente, desde el momento en que Bucaram accedió al gobierno se puso en evidencia que utilizaría el aparato estatal para consolidar económica y políticamente a su grupo como una nueva fracción de la oligarquía.

3.6. LA ARTILLERÍA CONTRA LAS INSTITUCIONES

En ese marco y con esas condiciones, nada podía impedir que se produjera rápidamente el debilitamiento de las instituciones democráticas. Sometidas a un asedio desde donde menos se podía esperar —y, en consecuencia, por el lado en que se habían levantado menos defensas— no pudieron soportar mucho tiempo. La informalización de la política —es decir, la constante evasión de los canales establecidos para reemplazarlos por la voluntad omnímoda del presidente y de sus más cercanos colaboradores— sumada a la corrupción gene-

ralizada y a la evidente incapacidad de gobernar, no podía desembocar en otra cosa que en una rápida erosión del ordenamiento democrático en su conjunto. Es difícil encontrar en el pasado reciente un proceso más rápido y profundo de debilitamiento de las instituciones: el Congreso, la Contraloría, las cortes de Justicia, los partidos, la Constitución, las leyes, los procedimientos e incluso los mismos ministerios sufrieron el embate de una fuerza que los veía como males innecesarios.

La concepción clientelar de la política exigía que se constituyeran canales extra-institucionales para continuar, esta vez desde el gobierno, funcionando como una maquinaria. A pesar de que durante los años del auge petrolero se conformó un Estado paternalista que llevó en gran medida a que la solución de los problemas fundamentales de la población se manejaran en términos clientelares, esto siempre estuvo sujeto a determinados límites establecidos por la definición de funciones y atributos de cada una de las instituciones. Se puede decir que en este caso —de igual modo a lo que se señaló para la corrupción— existían también umbrales máximos para la política clientelar desde el gobierno, por encima de los cuales se haría evidente una disfuncionalidad por sobrecarga del sistema. Ya en el ejercicio de la administración bucaramista fue evidente que el conjunto de instituciones estatales no había sido diseñado para un tipo de relación como la que se buscó implantar.

El clientelismo en el poder no podía someterse a los organismos de control, por tanto se hacía necesario e imprescindible debilitarlos cuanto fuera posible. Para ello era imprescindible previamente controlarlos, lo que a su vez exigía conseguir la nominación de sus titulares en el Congreso. Para ello

se acudió a los conocidos mecanismos de la eufemísticamente llamada compra de conciencias, es decir, una forma adicional de debilitamiento de las instituciones. Para esto contribuyeron, por acción o por omisión, los partidos y movimientos sociales que debieron estructurar la oposición al gobierno bucaramista. Desde el Congreso como lugar más visible, pero también desde espacios de la sociedad, no se empeñaron demasiado en frenar a tiempo y, posiblemente, evitar que los acontecimientos llegaran hasta el límite al que llegaron. En los ciento ochenta días que duró el gobierno dejaron pasar demasiadas, entre éstas los nombramientos de contralor y de procurador, que recibieron los votos favorables de varios partidos y movimientos que se definían a sí mismos como de oposición. Las denuncias de corrupción —e inclusive hechos evidentes como la utilización de un avión oficial para un viaje privado— no fueron investigadas en profundidad. El nepotismo, que estaba ahí, a la luz del día y que violaba una disposición expresa de la Constitución, no fue materia de tratamiento parlamentario.

Sin embargo, para hacer justicia se puede aventurar una hipótesis: ni el Congreso como institución, ni los diputados como miembros de la élite política estuvieron en capacidad de responder al embate del bucaramismo que, a pesar de provenir de una larga trayectoria política, actuaba como un elemento corrosivo que venía desde fuera del sistema político. Al parecer, el bucaramismo rebasó lo que parecía ser políticamente aceptable como negociación política dentro del Congreso y en general dentro de los ámbitos del sistema político. De todas maneras, la táctica de erosión y debilitamiento de las instituciones arrojó sus frutos durante todo el tiempo que gobernó

Bucaram y posiblemente habría continuado si no se hubiera producido la movilización del 5 de febrero ya que el problema habría seguido atrapado en unas instituciones que no tenían capacidad de procesar y reaccionar frente a hechos de esa naturaleza.

Pero, la vida tiene sus ironías: el presidente que siempre había apelado a la acción directa del pueblo y que había despreciado toda representación que no fuera la propia, que además había negado valor a las formas, terminó siendo rechazado por el pueblo y atrapado en las formas. Así encontró su final. El 5 de febrero fue el día de la reivindicación de la representación ciudadana, pero esta vez de manera directa, sin intermediarios y para protestar no solamente por las medidas económicas sino por todo aquello que encarnaba el gobierno bucaramista. El presidente apeló a las formas que nunca quiso preservar, lo que lo llevó necesariamente a reconocer al Congreso como la arena del enfrentamiento y, sorpresivamente, a encerrarse en un Palacio de Gobierno que siempre despreció. En la noche del viernes 7, acosado por manifestaciones populares, gases de la policía y temores inconfesables, abandonó el odiado Palacio. Extraña decisión de un hombre que siempre se caracterizó por manejar magistralmente la simbología de los espacios y de los hechos.

4. EPÍLOGO CON FUTUROLOGÍA

De lo señalado en las páginas anteriores se podría concluir que el destino de Bucaram estuvo escrito desde hace mucho tiempo. Los factores negativos para su permanencia en la presidencia de la República eran numerosos y demasiado

fuertes como para permitir que los remontara con el hábil manejo político, que siempre había sido una de sus fortalezas. A pesar de que esto puede ser aceptado sin mayores discusiones, ya que así parecen demostrar las circunstancias, queda aún sin resolver dos problemas: el futuro de Bucaram y del bucaratismo, por un lado, y la posibilidad de estructurar un sistema político sin elementos de esta naturaleza, esto es, sin expresiones populistas y clientelistas, por otro lado.

En cuanto a lo segundo, solamente cabe decir que rebasa ampliamente los límites del presente artículo, ya que exigiría un tratamiento detenido de las características del sistema político, por un lado, y de los arreglos legales, procedimentales e institucionales que se deberían introducir para marginar a fenómenos de esta naturaleza. Obviamente, esto no debería significar dejar de lado el análisis de los factores (sociales, culturales, económicos) que llevan al surgimiento del populismo y del clientelismo, así como no debería llevar al equívoco de pensar que el populismo puede ser combatido o eliminado —si eso es lo que se quiere— solamente con transformaciones en el nivel institucional. Como se ha visto brevemente en la primera sección de este artículo y como lo demuestra un amplio conjunto de estudios sobre el tema, éste es un problema bastante más complejo y está anclado en lo profundo de la sociedad.

En cuanto a lo primero, por todo lo señalado en la primera sección de este artículo, parecería que existen las condiciones apropiadas para que Bucaram, como persona de carne y hueso y como fenómeno político mantenga su presencia por mucho tiempo en el escenario nacional. Es más, nada asegura que se haya debilitado significativamente la estructura

clientelar, con el Partido Roldosista Ecuatoriano a la cabeza. Por el contrario, se podría suponer que el paso por el gobierno ayudó a su fortalecimiento a través de la utilización de la maquinaria estatal y los recursos públicos. Además —como lo demuestran las encuestas— para buena parte de su clientela Bucaram ha sido una víctima de la oligarquía y, como se sabe, éste es un país que encuentra un gran gusto en dar el pésame y que admira el martirologio.

Nada permite suponer que Bucaram se encuentre fuera del juego político nacional. Un conjunto de elementos estructurales, culturales, políticos y coyunturales deja entrever más bien que su presencia seguirá pesando en la escena política. Los elementos que lo originaron y que lo alimentaron como fenómeno político no parecen haber sido mayormente afectados por la caída (alguna hipótesis por ahí señala que ésta fue demasiado anticipada y que los meses de gobierno no fueron suficientes para que la ciudadanía tomara conciencia de todos los problemas). Además parece que su maquinaria y su clientela se mantienen, si no intactas, por lo menos en condiciones aceptables de funcionamiento, especialmente en la Costa. Se puede suponer, por otra parte, que su imagen se ha visto afectada ante una buena parte de la ciudadanía, especialmente la de la Sierra (que, hay que recordar, es la que finalmente le dio el triunfo en la segunda vuelta).

Si esto es así y si a su partido no se le pone algún impedimento legal para participar en una próxima elección, resulta factible construir un escenario futuro caracterizado por una gran presencia del bucaramismo en la Costa y una menor presencia en la Sierra, pero siempre con una gran votación a nivel nacional. Inclusive, en caso de que se mantuvieran las actuales

disposiciones legales que regulan la participación electoral, no debería asombrar que el bucaratismo logre un considerable número de diputados y que su candidato —especialmente si es Bucaram— pueda pasar a la segunda vuelta. Frente a esto, y parafraseando el grito *Bucaram, ¡fuera!*, coreado el 5 de febrero, cabría preguntarse *Bucaram, ¿fuera?*
